

La confrontación con el inconsciente fósil

Gil-Manuel Hernández i Martí

L as tres negaciones de la hipernormalización

La civilización contemporánea puede ser interpretada como el resultado de un pacto faústico sellado con las profundidades. No estamos aquí ante el relato prometeico clásico —aquel por el cual Prometeo roba el fuego de los dioses para entregarlo a los hombres—, sino de una inversión radical de ese gesto transgresor. En realidad, aunque ello cueste de aceptar, la modernidad no asciende hacia la luz para apropiarse de ella, sino que literalmente desciende hacia la oscuridad geológica para extraer de allí la energía que la va a sostener para encender sus pretendidas luces civilizatorias. En lugar de un Prometeo aéreo, nos hallamos ante una figura invertida: un Prometeo ctónico que, en vez de robar la llama divina, arranca del inframundo material la potencia acumulada en la muerte de lo orgánico.

Sobre todo porque, como ha señalado Ramón Gosfroguel (2026), la institucionalización del cristianismo como religión imperial en el siglo IV comportó una profunda transformación cosmológica en relación al vínculo humano con la naturaleza. Esta dejó de concebirse como un ámbito vivo, holístico y sagrado para convertirse progresivamente en un espacio subordinado al ser humano, sospechoso, demonizado y necesitado de dominio. A partir del siglo XVII, esta visión teológica se secularizó mediante la cultura moderna y el racionalismo cartesiano, hasta integrarse plenamente en el imaginario del capitalismo industrial, donde la naturaleza pasó a entenderse como un simple depósito de recursos explotables, pero igualmente peligrosa y



Foto de [thom.masat](#) en [Unsplash](#)

susceptible de sometimiento y exterminio. Desde esta perspectiva también puede comprenderse la resistencia moderna al descenso al inframundo psíquico, al inconsciente, identificado con esa misma naturaleza desvalorizada. Tanto el mundo subterráneo como el inconsciente quedaron así asociados a aquello que la civilización moderna debía explotar, dominar, marginar o superar en nombre del progreso y de la cosmología dualista, patriarcal y eurocéntrica que sustentó el proyecto depredador de la modernidad occidental.

Con todo, el hilo conductor de nuestra reflexión consiste en trasladar la operación material de perforación y explotación del inframundo geológico al plano simbólico de una auténtica confrontación de la civilización moderna con lo que aquí hemos denominado inconsciente fósil. Desde esta perspectiva, la extracción de combustibles fósiles no constituye únicamente una operación técnica destinada a movilizar recursos energéticos acumulados durante millones de años, sino también una incursión en un ámbito profundo de la realidad cuyas implicaciones trascienden lo puramente económico o material. Dicho de otro modo, la civilización moderna, al descender al subsuelo para extraer la energía aprisionada en el carbón, el petróleo y el gas, no solo moviliza materia, sino que entra en contacto —y en conflicto— con un fondo inmaterial, arcaico e irracional que desborda su propia capacidad de comprensión e integración.

La hipótesis que planteamos es que esta confrontación no puede entenderse adecuadamente si se limita a una lectura energética o económica. Debe ser interpretada también en términos culturales, simbólicos y psicológicos. Y es precisamente aquí donde esta reflexión enlaza con nuestra tesis sobre la hipernormalización ante el colapso ecosocial (Hernández, 2025). La hipernormalización aparece como el mecanismo mediante el cual la civilización fósil intenta evitar, paradójicamente, las consecuencias de ese encuentro con el inconsciente fósil. Como seguidamente desarrollaremos, a través de una *triple negación* del inconsciente fósil —espacial, temporal y psíquica—, el sistema consigue ocultar simultáneamente los daños que provoca, los límites que encuentra y las transformaciones que debería afrontar. De este modo, la extracción material del inframundo geológico encuentra su correlato, en última instancia, en una represión simbólica del inframundo psicológico. Siguiendo la máxima alquímica, tal como es arriba es abajo.

La cuestión es que aquello que se intenta mantener fuera de la conciencia no desaparece. Los costes ecológicos y sociales retornan bajo la forma de conflictos y devastación ambiental; los límites materiales reaparecen como crisis energéticas, climáticas y económicas; y la transformación psíquica bloqueada regresa como incertidumbre, ansiedad colectiva, depresión, pérdida de sentido y crisis de los imaginarios modernos. Desde esta perspectiva, la hipernormalización puede entenderse como la expresión cultural de una civilización que ha descendido físicamente al inframundo para extraer energía, pero que se resiste a realizar el descenso simbólico necesario para comprender las consecuencias derivadas de ese acto. Como no hay coherencia, se produce el caos.

El colapso ecosocial sería entonces algo más que una crisis material. Representaría el momento histórico en que las tres negaciones comienzan a erosionarse simultáneamente y en



El concepto de «suicidio medioambiental», en el que la contaminación industrial se representa como una soga que estrangula a un árbol con forma de cabeza humana, como metáfora de los peligros de las emisiones atmosféricas tóxicas y de sus efectos sobre el medio ambiente y el clima. [wildpixel](#) Stock photo ID:508062218

La cuestión decisiva ya no sería únicamente cómo gestionar el agotamiento de determinados recursos, sino cómo afrontar la confrontación con aquello que la civilización fósil ha intentado negar durante más de dos siglos: los costes de su expansión, los límites de su modelo de desarrollo y la necesidad de una profunda transformación cultural, simbólica y civilizatoria.

necesidad de una profunda transformación cultural, simbólica y civilizatoria.

que el inconsciente fósil, hasta entonces mantenido en segundo plano, irrumpe progresivamente en la conciencia colectiva. La cuestión decisiva ya no sería únicamente cómo gestionar el agotamiento de determinados recursos, sino cómo afrontar la confrontación con aquello que la civilización fósil ha intentado negar durante más de dos siglos: los costes de su expansión, los límites de su modelo de desarrollo y la

La hipernormalización puede interpretarse, en consecuencia, como uno de los principales dispositivos culturales mediante los cuales la civilización contemporánea consigue mantener una apariencia de normalidad incluso cuando las contradicciones que la sostienen se vuelven cada vez más visibles. Al fin y al cabo la hipernormalización consiste en el arte de mantener la fachada de normalidad a toda costa. No se trata simplemente de una forma de propaganda o de una estrategia de manipulación ideológica. Su funcionamiento es más profundo y afecta a la propia manera en que las sociedades perciben la realidad. La hipernormalización actúa como un filtro colectivo que permite integrar dentro de lo “normal” fenómenos que, en otro contexto histórico, habrían sido interpretados como señales evidentes de crisis, agotamiento o descomposición. Gracias a ella, una sociedad en declive puede seguir comportándose como si su horizonte de continuidad estuviera garantizado, incluso cuando las condiciones materiales que hicieron posible dicho horizonte comienzan a deteriorarse por todos lados. Si, como señala Amador Fernández-Savater (2026:55), “solo desde la anomalía podemos entender la normalización”, entonces sólo desde esa enorme acumulación de anomalías que evidencia el colapso podemos entender la hipernormalización.

Desde esta perspectiva, la hipernormalización no opera mediante una única forma de negación, sino a través de una estructura mucho más compleja que afecta simultáneamente al espacio, al tiempo y a la psique. Podría decirse que funciona mediante tres negaciones fundamentales. La primera oculta los costes reales de la civilización fósil. La segunda oculta los límites históricos y materiales de dicha civilización. La tercera bloquea la transformación psicológica y cultural que exigiría reconocer plenamente las dos anteriores. Cada una de estas negaciones configura una dimensión específica de lo que aquí denominaremos inconsciente fósil.

Primera negación: el inconsciente fósil extractivo

La primera de ellas remite a aquello que podríamos denominar *inconsciente fósil extractivo* y encuentra un sólido punto de apoyo en el concepto de fossil unconscious desarrollado por Bob Johnson (2019) en *Mineral Rites: An Archaeology of the Fossil Economy*. Para Johnson, la economía fósil no constituye únicamente una infraestructura energética destinada a suministrar combustible a la industria y al transporte. Constituye también una estructura perceptiva que condiciona la forma en que experimentamos el mundo. La energía fósil se encuentra tan profundamente integrada en la vida



cotidiana que acaba desapareciendo de la conciencia. Los automóviles circulan, las mercancías llegan a los comercios, la electricidad alimenta nuestras viviendas y los sistemas de transporte conectan continentes enteros, pero las inmensas infraestructuras materiales que hacen posible todo ello permanecen generalmente ocultas. La economía fósil adquiere así la apariencia de una segunda naturaleza, de un trasfondo aparentemente espontáneo cuya existencia deja de ser percibida precisamente porque se ha vuelto omnipresente.

Johnson describe este fenómeno mediante la noción de «ritos minerales». Conducir, comprar, viajar en avión, climatizar espacios o consumir mercancías producidas a miles de kilómetros de distancia constituyen prácticas ordinarias que reproducen diariamente la economía fósil sin necesidad de nombrarla. Cada uno de estos gestos conecta silenciosa e inconscientemente la vida cotidiana con enormes redes globales de extracción, refinado, transporte y combustión de combustibles fósiles. Sin embargo, dichas conexiones permanecen invisibles para la mayor parte de quienes participan en ellas. La vida moderna aparece entonces desligada de las condiciones materiales que la hacen posible. Como si fuera todo una cuestión de magia en la que millones de personas creen ciegamente.

Pero esta invisibilización no afecta únicamente a las infraestructuras energéticas. También afecta a los daños. La abundancia material de las sociedades industrializadas descansa sobre una geografía global de extracción, contaminación, explotación y sacrificio que raramente aparece integrada en el relato dominante del progreso. Minas a cielo abierto, territorios devastados por la extracción de hidrocarburos, comunidades desplazadas, aguas contaminadas, ecosistemas destruidos, conflictos armados vinculados al control de recursos estratégicos y múltiples formas de desigualdad estructural forman parte inseparable de la civilización fósil. Sin embargo, estos costes suelen permanecer alejados de los espacios donde se consumen sus beneficios. El sufrimiento existe, pero sucede en otro lugar. La destrucción se da, pero afecta a otros territorios. Las víctimas se acumulan, pero quedan fuera del campo principal de visión mediática.

La primera gran función de la hipernormalización consiste precisamente en mantener esta separación. Su tarea no es negar frontalmente la existencia de tales daños, ligados al espacio, sino impedir que se perciban como elementos constitutivos de la normalidad contemporánea. Lo que se produce es una *externalización perceptiva*. Los costes permanecen fuera de la imagen que las sociedades de la modernidad imperial tienen de sí mismas (Brand y Wissen, 2020). La pregunta que emerge entonces resulta profundamente incómoda: ¿quién paga realmente el precio de nuestra forma de vida? La respuesta conduce inevitablemente hacia las periferias sacrificadas del sistema-mundo y obliga a reconocer que la prosperidad moderna no constituye una realidad universal, sino una relación histórica sustentada sobre múltiples formas de extracción ecológica, energética y social.

Segunda negación: el inconsciente fósil prometeico

Si la primera negación de la hipernormalización opera sobre el espacio ocultando los costes humanos, sociales y ecológicos de la civilización fósil, la segunda actúa sobre el tiempo. Su función consiste en invisibilizar los límites históricos y

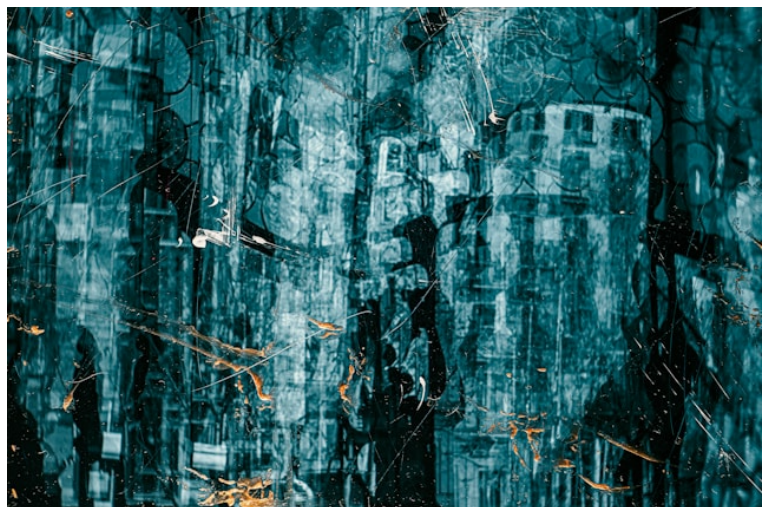


Foto de [Jr Korpa](#) en [Unsplash](#)

materiales del propio sistema, permitiendo que una forma de organización social fundada sobre condiciones absolutamente excepcionales sea percibida como algo natural, permanente e indefinidamente reproducible. Esta segunda negación configura lo que podemos denominar el *inconsciente fósil prometeico*.

La modernidad industrial ha tendido a interpretarse a sí misma como la culminación lógica del progreso humano.

La prodigiosa expansión material experimentada por las sociedades industrializadas durante los dos últimos siglos no puede explicarse únicamente mediante referencias al capitalismo, a la ciencia, a la tecnología o a determinadas formas de organización política, [pues] ninguno de ellos habría producido los mismos resultados sin la existencia de una base energética sin precedentes.

Desde esta perspectiva, el crecimiento económico, la expansión tecnológica, el aumento de la productividad y la mejora constante de las condiciones materiales de vida aparecen como procesos prácticamente inevitables. El progreso deja de percibirse como una posibilidad entre otras para convertirse en el horizonte incuestionado de la experiencia moderna. El crecimiento económico se naturaliza y la expansión permanente acaba presentándose no como una circunstancia histórica excepcional, sino como la

dirección misma hacia la que parece avanzar la historia. Sin embargo, esta percepción descansa sobre una ilusión fundamental: la de considerar universales y permanentes unas condiciones que en realidad han sido extraordinarias y excepcionalmente singulares.

La prodigiosa expansión material experimentada por las sociedades industrializadas durante los dos últimos siglos no puede explicarse únicamente mediante referencias al capitalismo, a la ciencia, a la tecnología o a determinadas formas de organización política. Todos estos factores son importantes, pero ninguno de ellos habría producido los mismos resultados sin la existencia de una base energética sin precedentes. La verdadera singularidad de la modernidad reside en haber tenido acceso a enormes cantidades de energía acumulada durante millones de años bajo la forma de carbón, petróleo y gas. La civilización industrial no se construye únicamente sobre ideas, instituciones o mercados. Se construye también sobre combustibles fósiles. Y esta constatación obliga a replantear profundamente nuestra comprensión de la historia moderna.

Los combustibles fósiles poseen una naturaleza muy particular. A diferencia de las energías utilizadas por las sociedades agrarias tradicionales, procedentes del sol, del viento, del agua, de la biomasa o de la fuerza muscular humana y animal, el carbón, el petróleo y el gas constituyen depósitos de energía acumulada a lo largo de inmensos periodos geológicos. Son el resultado de millones de años de vida capturando energía solar, siendo posteriormente sepultada, prensada y transformada por procesos geológicos de enorme duración. Como bien se sabe, los combustibles fósiles proceden principalmente de organismos fotosintéticos fosilizados. El carbón se formó casi exclusivamente a partir de plantas terrestres, mientras que el petróleo y el gas natural proceden sobre todo de algas microscópicas marinas, con una contribución menor de pequeños organismos animales. Desde esta perspectiva, los combustibles fósiles pueden



Fábrica dentro de la forma de la cabeza. Credit: [bestdesigns](#) Stock photo ID:948628290

entenderse como una forma de tiempo comprimido. Son pasado transformado en energía disponible. Son historia biológica convertida en potencia material para el presente y el futuro.

Esta interpretación introduce una paradoja particularmente reveladora. La modernidad se define a sí misma como una ruptura con el pasado. Desde la Ilustración hasta nuestros días, el imaginario moderno se ha construido sobre la idea de emancipación respecto de la tradición. Lo moderno es aquello que se libera de las herencias recibidas, que rompe con los límites impuestos por la historia y que se proyecta hacia el futuro mediante la innovación permanente. Sin embargo, la misma civilización que proclama esta ruptura depende materialmente del pasado como ninguna otra civilización anterior lo había hecho jamás. Mientras afirma haberse emancipado de la historia, consume literalmente millones de años de historia biológica acumulada en las profundidades de la Tierra. Mientras proclama la autonomía del presente, vive gracias a una herencia energética procedente del pasado más remoto. Mientras se presenta como una superación de lo anterior, se alimenta de aquello mismo que pretende dejar atrás.

Podría decirse que la modernidad rompe con el pasado mientras vive de él. Esta contradicción constituye uno de los núcleos más profundos de la civilización fósil y ayuda a comprender por qué la hipernormalización resulta tan necesaria para su reproducción. Reconocer plenamente esta dependencia significaría aceptar que buena parte de aquello que consideramos normal no constituye una conquista permanente de la humanidad, sino el resultado de una circunstancia energética excepcional y probablemente irreplicable. Significaría reconocer que la abundancia que hemos experimentado durante los dos últimos siglos no deriva únicamente de nuestra inteligencia o de nuestra capacidad técnica, sino también de la explotación acelerada, bajo un régimen imperialista colonial, de una herencia energética acumulada durante millones de años.

Desde una perspectiva simbólica, esta situación puede interpretarse mediante la figura del pacto fáustico. Como en la leyenda de Fausto, la civilización industrial obtiene acceso a una potencia extraordinaria que multiplica sus capacidades de transformación. Gracias a los combustibles fósiles, la velocidad aumenta, la producción se expande, las distancias se reducen y la capacidad humana para modificar el entorno alcanza dimensiones nunca antes conocidas. Sin embargo, toda ganancia extraordinaria implica también una contrapartida. La energía fósil permite una expansión sin precedentes, pero introduce simultáneamente una dependencia estructural respecto a un recurso finito y respecto a una dinámica de crecimiento que exige un consumo cada vez mayor de energía y materiales. El pacto ofrece poder, pero compromete el futuro.

Es precisamente aquí donde interviene la segunda negación de la hipernormalización. Su función consiste en impedir que esta dependencia llegue a ser plenamente reconocida. Los límites materiales son reinterpretados como obstáculos temporales. Los problemas energéticos se presentan como simples desafíos tecnológicos. Las advertencias ecológicas son absorbidas por discursos que prometen compatibilizar crecimiento indefinido y sostenibilidad. Las señales de agotamiento se transforman en episodios coyunturales. Incluso cuando la evidencia de los límites se acumula, el imaginario dominante continúa proyectando hacia el futuro las mismas expectativas de expansión que caracterizaron el pasado.

La pregunta que esta negación intenta evitar resulta tan sencilla como inquietante: ¿hasta cuándo puede sostenerse una civilización basada en el consumo acelerado de millones de años de vida fosilizada? Formular esta pregunta implica reconocer que el crecimiento permanente no constituye una ley de la historia, sino una consecuencia específica de una anomalía energética. Implica aceptar que el futuro no tiene por qué reproducir necesariamente las condiciones que

hicieron posible el desarrollo industrial. Supone, en definitiva, confrontar la posibilidad de que el horizonte histórico que hemos considerado normal durante generaciones sea en realidad una anomalía.

El inconsciente fósil prometeico actúa precisamente bloqueando esta toma de conciencia. No se limita a negar determinados datos o evidencias. Opera a un nivel más profundo, estructurando la forma misma en que imaginamos el tiempo histórico. Nos induce a pensar que los problemas siempre encontrarán solución, que los límites siempre podrán superarse y que el progreso continuará avanzando indefinidamente. Como el Prometeo moderno en su versión más materialista, seguimos confiando en que la técnica, la innovación o el ingenio humano bastarán para sortear cualquier obstáculo que aparezca en nuestro camino.

Sin embargo, la verdadera función de esta segunda negación no consiste únicamente en ocultar los límites energéticos o ecológicos. Su función más concreta consiste en ocultar el carácter históricamente excepcional de la propia modernidad fósil. Impide reconocer que aquello que consideramos normal puede haber sido una singularidad irrepetible en la larga historia de la humanidad. Impide aceptar que la abundancia material que dio forma a nuestras expectativas colectivas estaba vinculada a circunstancias extraordinarias — mediadas por la conquista y la explotación occidentales — que no pueden prolongarse indefinidamente. Y precisamente por eso constituye una de las dimensiones centrales de la hipernormalización contemporánea: porque protege el imaginario del progreso ilimitado incluso cuando las condiciones materiales que lo hicieron posible comienzan a desaparecer.

Tercera negación: el inconsciente fósil iniciático

Si la primera negación de la hipernormalización opera sobre el espacio ocultando los costes humanos, sociales y ecológicos de la civilización fósil, y la segunda actúa sobre el tiempo invisibilizando los límites históricos y materiales de dicha civilización, la tercera se despliega en un plano todavía más esencial. Ya no se refiere ni al espacio ni al tiempo, sino a la psique. Su función consiste en impedir la transformación interior, cultural y simbólica que exigiría reconocer plenamente las dos negaciones anteriores. Esta tercera negación configura lo que aquí denominaremos el *inconsciente fósil iniciático*.

La importancia de esta tercera dimensión radica en que constituye la consecuencia lógica de las dos anteriores. Mientras una sociedad consiga ocultar quién paga los costes de su modo de vida y hasta cuándo podrá sostenerse ese modo de vida, no existe necesidad de cuestionar sus fundamentos más profundos. Pero cuando ambas preguntas emergen simultáneamente — cuando comenzamos a reconocer tanto los daños provocados por nuestra forma de organización social como los límites materiales que la atraviesan — aparece inevitablemente una cuestión mucho más perturbadora. Ya no basta únicamente con modificar determinadas políticas económicas o con sustituir unas fuentes de energía por otras. Se trata de preguntarnos si la propia civilización moderna necesita transformarse. Y más aún: se trata de preguntarnos si nosotros mismos necesitamos transformarnos.



Foto de [Nick Chen](#) en [Unsplash](#)

Es precisamente aquí donde la hipernormalización encuentra su desafío más difícil: ¿qué ocurre si el problema no está únicamente en nuestras tecnologías, en nuestras infraestructuras o en nuestras instituciones, sino también en la imagen que tenemos de nosotros mismos y de nuestra relación con el mundo? La tercera negación consiste precisamente en bloquear esta pregunta crucial.

Desde una perspectiva simbólica, esta cuestión puede formularse mediante la imagen del descenso al inframundo, que hemos abordado en otro trabajo. Resulta significativo que la civilización moderna haya construido gran parte de su poder material penetrando físicamente en las profundidades de la Tierra. La minería industrial, la extracción de carbón, las perforaciones petrolíferas y, más recientemente, las técnicas de fracturación hidráulica representan una progresiva incursión en el subsuelo. Durante más de dos siglos, la modernidad ha descendido literalmente a las profundidades geológicas para extraer de ellas la energía acumulada durante millones de años.

Sin embargo, este descenso material a la materia orgánica fosilizada para extraer energía de ella para la vida actual no ha tenido un equivalente psicológico o espiritual. La modernidad ha penetrado en el inframundo geológico, pero ha evitado sistemáticamente el inframundo simbólico. Ha extraído recursos de las profundidades sin preguntarse por el significado de ese descenso, por la vida que se extinguió para posibilitar nueva vida millones de años después, como de hecho se advierte en el extraordinario crecimiento demográfico humano posibilitado por el uso masivo de combustibles fósiles. La modernidad ha obtenido potencia energética sin aceptar la transformación que tradicionalmente acompaña a toda incursión en el reino de lo profundo, es decir, la que se produce en el tránsito de la vida a la muerte y de esta de nuevo a la vida.

Esta circunstancia resulta especialmente reveladora cuando se compara con las grandes narraciones míticas de la humanidad. En numerosas tradiciones culturales, el descenso al inframundo constituye una experiencia iniciática de muerte y regeneración. La figura que desciende no lo hace para apropiarse de una riqueza material, sino para experimentar una transformación trascendente. En todos estos relatos el descenso implica una confrontación con la pérdida, con la muerte, con los límites y con la sombra. Quien regresa del inframundo no vuelve siendo el mismo, pues comienza a vivir de otra manera.

La civilización fósil, por el contrario, ha realizado un descenso de naturaleza muy distinta. Ha descendido para extraer energía, a menudo violentamente y sin miramientos, no para adquirir sabiduría. Ha penetrado en las profundidades de la Tierra viva, de Gaia, para aumentar su poder, no para transformar su conciencia. Podría decirse incluso que ha invertido el significado tradicional del viaje iniciático. Allí donde los antiguos mitos concebían el descenso como una experiencia de transformación interior, la modernidad lo ha convertido en una operación técnica orientada a la obtención descarnada de recursos materiales.

Esta inversión constituye uno de los rasgos más característicos de la civilización fósil. El inframundo deja de ser un espacio de conocimiento para convertirse en una simple reserva energética. Lo profundo deja de ser un ámbito de confrontación con la sombra para transformarse en un depósito de recursos explotables. La profundidad pierde su dimensión simbólica y adquiere exclusivamente una función instrumental. Sin embargo, la psicología junguiana nos recuerda que aquello que se evita conscientemente no desaparece. Según Carl Jung, todo aquello que una cultura reprime o excluye de su conciencia acaba reapareciendo de formas indirectas, distorsionadas y a menudo conflictivas. Lo reprimido retorna. La sombra vuelve. Y cuanto más tiempo permanece negada, más poderosa se vuelve su irrupción.

Desde esta perspectiva, tanto la crisis ecológica y como la crisis civilizatoria contemporánea pueden interpretarse como una forma de retorno de aquello que la modernidad ha intentado excluir. Los límites que no quiso reconocer reaparecen como crisis energética y climática. Los daños que ocultó regresan como conflictos sociales, migraciones forzadas y degradación ecológica. Pero junto a estos retornos materiales aparece también otro más acuciante y trascendente: el retorno de la necesidad de transformación.

La tercera negación de la hipernormalización consiste precisamente en impedir que esta dimensión iniciática de la crisis llegue a desplegarse plenamente. El sistema puede admitir ciertos problemas ambientales, determinadas dificultades económicas o incluso algunos límites parciales, siempre que dichas cuestiones puedan gestionarse sin alterar los fundamentos culturales y psicológicos de la civilización fósil. Lo que resulta mucho más difícil de aceptar es que la crisis pueda exigir una transformación psíquica de nuestros valores, de nuestros deseos, de nuestras expectativas y de nuestra comprensión del bienestar.

Reconocer plenamente los límites implica atravesar un proceso de duelo y asumir conscientemente la realidad del colapso ecosocial ya en marcha. Significa aceptar que determinadas promesas históricas sobre las que se construyó la modernidad difícilmente podrán cumplirse, que la expectativa de un crecimiento indefinido carece de fundamento material y que la mejora constante de los niveles de consumo y control técnico sobre el mundo no constituye una ley de la historia. Supone, asimismo, comprender que la extraordinaria abundancia energética que caracterizó a la era fósil fue una excepción histórica y no una condición permanente de la existencia humana. En última instancia, exige abandonar la creencia de que el futuro reproducirá necesariamente las condiciones que hicieron posible la expansión de los dos últimos siglos.

Todo duelo implica una pérdida. Y toda pérdida exige una transformación de la identidad. Por ello, el problema fundamental de la crisis contemporánea no consiste únicamente en la disminución de determinados recursos materiales, sino en la dificultad para aceptar simbólicamente las consecuencias de esa disminución. La civilización fósil no teme únicamente los límites. Teme convertirse en algo distinto de aquello que ha sido durante los dos últimos siglos.

En este sentido, el inconsciente fósil iniciático puede entenderse como el conjunto de potencialidades de transformación que permanecen bloqueadas por la hipernormalización. No constituye solo un espacio de negación, como ocurre con las dos dimensiones anteriores, sino también la posibilidad de superar la negación. Representa la capacidad de reconocer simultáneamente los daños provocados por la civilización fósil, los límites que condicionan su continuidad y la necesidad de elaborar psíquicamente ambas realidades.

La pregunta central deja entonces de ser quién paga el precio de nuestra forma de vida o hasta cuándo podrá mantenerse dicha forma de vida. Ambas cuestiones siguen siendo esenciales, pero conducen inevitablemente a una tercera pregunta aún más radical: ¿qué debemos dejar morir para poder seguir viviendo? Esta es la pregunta que la hipernormalización intenta evitar a cualquier precio. Porque responderla implica abandonar la identidad prometeica que ha definido a la modernidad material. Implica reconocer la vulnerabilidad, aceptar los límites y asumir la pertenencia a un mundo vivo del que dependemos. Implica, en definitiva, realizar conscientemente el descenso al inframundo psicológico que la civilización fósil ha intentado sustituir por una simple explotación del inframundo geológico.

Quizá por ello la verdadero alcance de la crisis contemporánea no resida únicamente en el agotamiento de determinados recursos o en la degradación de los ecosistemas. Su dimensión más apremiante radica en que nos enfrenta

a una *tarea iniciática colectiva*. Nos obliga a confrontar aquello que hemos negado, a atravesar el duelo por un mundo que desaparece y a elaborar nuevos imaginarios capaces de orientarnos en una época de límites. El desafío ya no consiste únicamente en transformar nuestras infraestructuras energéticas. Consiste también en transformar nuestra relación con la Tierra, con el tiempo, con la finitud y con nosotros mismos.

Desde esta perspectiva, el colapso deja de aparecer únicamente como un proceso de deterioro material para revelar también una dimensión iniciática. No garantiza ninguna transformación positiva. Puede desembocar en respuestas autoritarias, violentas o regresivas. Pero abre igualmente la posibilidad de un aprendizaje profundo. La posibilidad de completar, por fin, el viaje que la modernidad dejó inconcluso cuando decidió descender al inframundo para extraer energía sin aceptar la transformación que dicho descenso exigía.

Conclusión: reconocer, aceptar, descender

Interpretada desde la perspectiva de las tres negaciones, la hipernormalización aparece como mucho más que un simple mecanismo ideológico de ocultación. Constituye una forma de defensa civilizatoria destinada a preservar la continuidad de la modernidad fósil frente a las contradicciones que ella misma genera. Mediante la negación espacial, invisibiliza los costes humanos, sociales y ecológicos de nuestro modo de vida; mediante la negación temporal, oculta los límites materiales e históricos de una civilización sustentada sobre una anomalía energética irrepetible; y mediante la negación psíquica, bloquea la transformación cultural y simbólica que exigiría reconocer plenamente ambas realidades.



Foto de [Steve A Johnson](#) en [Unsplash](#)

El concepto de inconsciente fósil permite así iluminar tres dimensiones complementarias de la crisis contemporánea: la extracción, el límite y la transformación. La primera remite a las periferias sacrificadas que sostienen la abundancia; la segunda, al agotamiento progresivo de las condiciones que hicieron posible dicha abundancia; y la tercera, a la necesidad de elaborar colectivamente el duelo por el imaginario prometeico del crecimiento ilimitado. Desde esta perspectiva, el colapso no puede entenderse únicamente como un proceso material de deterioro energético, ecológico o económico. Es también una crisis de percepción, de sentido y de identidad que exige un intenso proceso de procesamiento psíquico e integración, tanto en el plano personal como en el colectivo (Bendell, 2024).

Quizá el desafío fundamental de nuestro tiempo consista precisamente en atravesar conscientemente aquello que la hipernormalización intenta impedir: el reconocimiento de los daños, la aceptación de los límites y el descenso al inframundo simbólico de nuestra propia sombra civilizatoria. Solo a través de ese triple reconocimiento podrá abrirse la posibilidad — siempre sin garantías — de construir nuevos imaginarios y nuevas formas de habitar el mundo capaces de desenvolverse en un horizonte postfósil. La cuestión decisiva es qué transformaciones van a ser necesarias para hacer posible una *relación reencantada* con la Gaia, con el tiempo y con nosotros mismos.

Bibliografía:

- Bendell, Jem (2024): Cayendo juntos. Una respuesta compasiva y eco libertaria al colapso, Nola Editores-Instituto Tecnológico de Monterrey, Madrid-Monterrey.
- Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2020): Modo de vida imperial. Sobre la explotación del hombre y de la naturaleza en el capitalismo global, Ciudad de México, Friedrich Ebert Stiftung.
- Fernández-Savater, Amador (2026): La batalla del pensamiento, Barcelona, Ned Ediciones.
- Gosfroguel, Ramón (2026): "El origen cosmológico de la crisis ecológica", [https://urldefense.com/v3/_https://youtu.be/8HfUisZnlkM?is=IY9jbsZTA6eH9sLL_!!D9dNQwwGXtA!V-dUFpcN9nBAQ0Ca7BkRrwUWvDsBeFW7Mdk9OwS59Na3BwZfZcI3zIjEzGqqJdaSjIgdJeNvkC4p4vkr15ELF40\\$](https://urldefense.com/v3/_https://youtu.be/8HfUisZnlkM?is=IY9jbsZTA6eH9sLL_!!D9dNQwwGXtA!V-dUFpcN9nBAQ0Ca7BkRrwUWvDsBeFW7Mdk9OwS59Na3BwZfZcI3zIjEzGqqJdaSjIgdJeNvkC4p4vkr15ELF40$)
- Hernández, Gil-Manuel (2025): "La hipernormalización ante el colapso", 15-15-15. Revista para una nueva civilización, <https://www.15-15-15.org/webzine/2025/06/01/la-hipernormalizacion-ante-el-colapso/>
- Johnson, Bob (2019): Mineral Rites: An Archaeology of the Fossil Economy, Baltimore, Johns Hopkins University Press

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Gil-Manuel Hernández i Martí: [Por qué el mundo ignora a Cassandra](#)
- Ester Peñas: ["El movimiento climático tiene que ser parte de un movimiento antiausteridad más amplio"](#)
- Bilbo Bassatterra: [La evolución del movimiento climático: de la radicalidad a la autocomplacencia](#)
- Asier Arias: [¿Crisis o colapso? Extralimitación y decrecimiento](#)
- Jorge Riechmann: [Sobre transiciones energéticas y transiciones ecológicas](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial](#)
- Álvaro de Regil Castilla: [Geocracia, el paradigma que va en pos del bienestar de la gente y el planeta y no del mercado](#)
- John Bellamy Foster y Álvaro de Regil Castilla: [Materializando la Revolución: El Movimiento Hacia el Ecosocialismo](#)
- Álvaro de Regil Castilla y Laura G. Vales: [«Geocracia propone establecer un contrato social con nuestro planeta»](#)
- Milena Radovich / Diego Astiz: [Una nueva cultura de la Tierra](#)
- Aurora Fernández Polanco: ["El ecologismo no ha sido capaz de contrarrestar la cancelación del futuro de la época neoliberal"](#)
- Ian Angus y Claudia Antunes: [Una Civilización Ecológica Tendrá que Ser Socialista](#)

❖ **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

❖ **Acerca del autor: Gil-Manuel Hernández i Martí** es historiador y sociólogo, doctor en Geografía e Historia, profesor asociado del Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universidad de Valencia, actualmente en comisión de servicio. Autor de varios libros, artículos e investigaciones sobre manifestaciones festivas y rituales, cultura popular, espiritualidad, globalización, política cultural y patrimonio cultural. Actualmente es director de los Museos de Cultura Festiva del Departamento de Cultura Festiva (Ayuntamiento de Valencia). Autor de libros como *La fiesta reinventada. Calendario, ideología y política en la Valencia franquista* (2002), *La condición global. Hacia una sociología de la globalización* (2005), *Sociología de la globalización. Análisis de un mundo en crisis* (2013), *Ante el colapso. La crisis y nosotros* (2015). Es codirector de la revista *Rituals. Revista de Cultura Festiva*, publicada por la Institución Alfons El Magnànim de la Diputació de Valencia.



❖ **Acerca de este trabajo:** Este artículo es publicado por Jus Semper con la autorización del autor. Este ensayo ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY-NC-ND 4.0. Se puede reproducir el material para uso no comercial, acreditando al autor y proporcionando un enlace al editor original.

❖ **Cite este trabajo como:** Gil-Manuel Hernández i Martí: “La confrontación con el inconsciente fósil” – La Alianza Global Jus Semper, septiembre de 2026.

❖ **Etiquetas:** capitalismo, democracia, energías fósiles, ecología, crisis planetaria, colapso socio-ecológico, hipernormalización, el subconsciente.

❖ La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.



Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

© 2026. La Alianza Global Jus Semper – Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html